

**Bajo la luz de Haroldo**, de Ángela Pradelli (fragmentos de un libro inédito)

Academia Argentina de Letras

Sesión del 22 de mayo de 2025

Este año, en pocos días, el 25 de mayo, se cumple el centenario del nacimiento del escritor bonaerense Haroldo Conti. Es mayo también, triste coincidencia, el mes de su secuestro y desaparición, del cual el año próximo se cumplirán 50 años.

Conti nace en Chacabuco y vive allí hasta que a raíz de la separación de sus padres, se muda con su madre y su hermana a Buenos Aires. Después de cursar la escuela secundaria pupilo en el colegio de los curas salesianos de Almagro, entró en el Seminario Conciliar Metropolitano de Buenos Aires cuando tenía 17 años. A principios de 2024 visité ese lugar, el patio, la hermosa biblioteca donde Haroldo leía, el teatro, los túneles. Después de varias horas, antes de dejar el lugar, me pregunté si no habría allí algún escrito de Haroldo. Se lo pregunté al guía y me dijo que me comunicara con la recepción del Seminario, pero dijo también que lo veía difícil. Después de una semana de varios llamados y búsquedas, un viernes a última hora, recibí un correo de una muchacha con la que ya había hablado varias veces y siempre se había mostrado muy dispuesta. La buena noticia era que había encontrado algo muy valioso. “¿Usted sabe latín?”, me preguntó. Me contó que, milagrosamente, en un cajón, había aparecido la ficha de inscripción de Haroldo. Haroldus Petrus había ingresado al seminario en 1942 y había permanecido allí durante cuatro años.

Este libro es, creo, la suma de esas revelaciones azarosas que por años giraron en distintas esferas hasta que un día, finalmente, se revelaron.

Un sábado me invitaron a un almuerzo a casa de unos amigos. “¿Qué estás escribiendo?”, me preguntó el otro invitado. Cuando le conté que estaba *con* Haroldo, me dijo que habían sido vecinos. “¿Haroldo y vos?”, le pregunté. “Sí”, me contestó y aceptó ser parte del libro.

Otra casualidad o sincronicidad sucedió apenas un tiempo después, la noche que di una clase sobre *La importancia de los testimonios en la escritura*, supe, por una de las participantes, que en 1994 un grupo de estudiantes de periodismo le habían hecho una entrevista a Pedro Orgambide, que la habían grabado en un casete cuyo contenido no había circulado nunca y que estaba guardado desde hacía treinta años en una caja. Unos días después me llegó el casete en cuyo frente decía: *Orgambide habla sobre Haroldo Conti 5/94. Oro en polvo.*

HAROLDO (*fragmentos*), de Ángela Pradelli

Pedro Orgambide y Haroldo se conocieron en 1960.

Es muy difícil vivir con ciertas ausencias, dice Pedro, la de Haroldo es una de las ausencias más difíciles de soportar. Nosotros nos encontrábamos en los cafés, en algún acto político, muchas veces en la calle, nos visitábamos en nuestras casas. No recuerdo que participáramos en reuniones literarias. Yo iba a verlo al Bajo, en ese momento Haroldo vivía en un departamento cerca de la calle Leandro N. Alén. En su casa

había muchos elementos de marinería: un timón, un mascarón de proa, brújulas. Tenía una biblioteca muy heterodoxa. Por ejemplo, había muchos libros de mecánica, carpintería, mezclados con libros de teología. Estamos hablando de 1960, eran tiempos de la Revolución Cubana, que tuvo un gran impacto. Cuba impregnaba nuestras conversaciones, hablábamos mucho de los cambios políticos que se estaban gestando no sólo en América Latina, un territorio que nosotros habíamos recorrido en parte, sino también en África, Asia. A Haroldo le importaban mucho los movimientos de liberación nacional. La escritura era para él una praxis, no le interesaba la especulación intelectual, sino la literatura; hacerla, no hablar sobre ella. Fue un escritor muy premiado. Ese año su cuento *La causa* ganó el concurso organizado por la Revista Life.

También nos unía la actividad política, pertenecíamos a una generación que era muy política y no sentíamos que nuestro interés estuviera divorciado de la literatura. Hacíamos las dos cosas, participábamos en política y escribíamos. Yo por esos años estaba escribiendo un libro de relatos, *Historias imaginadas de la Argentina*. Y no nos importaba tanto la teoría. Nosotros hacíamos política, literatura y nos enamorábamos mucho. Éramos muy apasionados, siempre andábamos enamorados, cambiando de casa, llevando los libros de un lado para el otro. Y éramos todos muy trabajadores, escribíamos mucho, teníamos una buena producción. Haroldo; Paquito Urondo; Humberto Constantini, que en la época más dura y más difícil de la dictadura fue muy amigo de Haroldo; David Viñas, que era el emergente más intelectual, más teórico, porque además de escribir novelas escribía también ensayos; Rodolfo Walsh, que luego pasaría de la narrativa a lo que Ángel Rama llamó la novela de los pobres, es decir el documento histórico, político, periodístico, llevado a la literatura; Miguel Ángel Bustos; Roberto Santoro. Esa generación tenía un

tono vital. Y aunque por supuesto algunos teníamos más afinidad con unos que con otros, no existía en ningún caso la rivalidad pequeña. Hay momentos en que la historia se hace mezquina y otros en los que se exalta. Nosotros vivimos momentos de exaltación, que tenía que ver también con lo que ocurría políticamente.

.....

A fines de 1975, el director de cine Sergio Renán leyó la novela *Alrededor de la jaula* y quedó impactado porque, además de que le veía muchas posibilidades de filmarla, la encontraba bellamente escrita, lo conmueve cómo el autor logra transmitir la emoción. Pero fue un calvario ubicarlo, nadie le daba su teléfono ni su dirección hasta que se dio cuenta que probablemente el autor se estuviera ocultando. Por fin alguien le dio su dirección y Renán fue a verlo a su casa de Fitz Roy. Lo atendió Marta, le abrió la puerta nerviosa pero se tranquilizó cuando lo reconoció a Renán. Es después de la primera conversación que el director va a verla a la escritora Aída Bortnik para escribir juntos el guion.

Aída Bortnik decía que ella no había leído la novela de Haroldo, *Alrededor de la jaula*, pero que cuando Sergio Renán fue a su casa, ella lloraba mientras él me le contaba. Me dijo: “La verdad que se lo ofrecí a otros guionistas, pero cuando hablé con Conti, él me dijo, te doy los derechos si el guion lo hace Aída Bortnik”. No nos conocíamos. Yo no le creí. Haroldo Conti vino a mi casa y me lo dijo él, en mi cara. Yo estaba tan a punto de enamorarme de él ese mismísimo día que en un momento dado me dijo: “No, cuidado, eh, porque con esta misma novela me levanté a mi actual esposa”. Era un hombre grande con pinta de marinero. Delicioso. Le había gustado tanto *La Tregua* que por eso quería que lo hiciera yo. Cuando lo escribí y se lo mostré, lo leyó en casa. A los veinte

minutos salió de donde estaba, era un departamento chico pero largo, atravesó todo el pasillo, vino hasta donde yo estaba, me dio un abrazo que me levantó del suelo y me besaba la cabeza. Y se fue de vuelta a terminar de leer. Yo me quedé sentada en mis sillones de mimbre temblando de la emoción. Era un hombre maravilloso. Dos o tres días después nos volvimos a ver. Yo había quedado en agregar una cosa al final que él me sugirió, un ruido de cadenas, aunque no hubiera cadenas en el momento en que subían al animal y lo encerraban en su jaula. Y yo lo hice y lo llevé para que lo viera. Él estaba almorzando en la fonda de la esquina con su familia. Salió cuando me vio en el auto y yo bajé y se lo di, lo leyó. Nos volvimos a abrazar y me fui. Al día siguiente lo secuestraron."

Esa fonda se llamaba Difein, afirma un vecino de Haroldo que sigue viviendo en la misma casa desde 1969 hasta hoy. Estuvo abierta durante muchos años, dice, todavía tiene el cartel con el nombre; está cruzando Córdoba, justo en la esquina con Fitz Roy. Yo sigo viviendo en la misma casa desde febrero de 1969; estoy a una cuadra de la casa de donde se lo llevaron a Haroldo, y a menos de treinta metros de donde estaba la comisaría. Durante la dictadura los montoneros pusieron una bomba en un terreno baldío que estaba sobre la misma calle que la comisaría, Loyola entre Fitz Roy y Humbold; en esa época, ese tramo todavía no estaba pavimentado. Era un terreno grande, que se usaba los fines de semana la usábamos para jugar al fútbol. No hubo muertos, por suerte, pero a partir de ese momento no se podía pasar por delante de la comisaría, cortaron la calle Loyola entre las calles Fitz Roy y Bonpland. Los que vivíamos en ese tramo que había quedado cerrado, cuando volvíamos a nuestras casas en auto, teníamos que hacer luces en la esquina para avisar, y esperar a que viniera un consigna, nos revisara el interior del auto y el baúl, y si nos

autorizaba, recién ahí podíamos seguir hacia nuestras casas. Un tiempo después, los montoneros enviaron una carta a los vecinos disculpándose con nosotros por las molestias. Yo nunca vi la carta, pero varios de mis vecinos la leyeron.

Mi madre se levantaba muy temprano para ir a la panadería que estaba acá cerca y que era muy buena, todo el barrio compraba ahí. Tenía que pasar caminando por la vereda de la comisaría. Al lado de la entrada había un portón grande pero no se usaba, estaba siempre cerrado. Muchas veces mi madre me comentaba que cuando pasaba veía huellas de ruedas sobre la entrada.

-Qué raro -me decía ella siempre-, durante el día nunca se ve movimiento ahí, siempre está el portón cerrado. Tiene que ser que lo abren sólo de noche.

Muchas veces cuando yo pasaba caminando por Fitz Roy por la vereda de la casa de Haroldo, la ventana que daba a Fitz Roy estaba abierta de par en par. Solía estar con chicos adolescentes, después supe que eran los hijos de su primer matrimonio. Me llamaba la atención la pared porque tenía un ángel colgado, que en realidad era un mascarón de proa. Yo nunca conversé con Haroldo, pero cerca de su casa, casa por medio de la suya, vivía un matrimonio que lo trataron. Ella trabajaba en el taller de confección de ropa de mujer que tenía yo por ese entonces. Era la encargada de emprolijar la ropa, cortaba las hilachas, hacía dobladillos. El marido hacía trabajos de plomería. Una vez Haroldo fue a consultarlo por un trabajo menor. Tenía que limpiar los desagües. Se había juntado hojas en esas canaletas y el agua no corría. El hombre fue a la casa de Haroldo, estuvo un par de días trabajando en los desagotes. Tal vez haya hecho algún trabajo más.

Al día siguiente del secuestro, dice el vecino de Haroldo, cuando vino la mujer al taller para hacer su trabajo, me contó que la puerta no estaba reventada ni rota, que ni siquiera estaba forzada la cerradura. Sí habían roto la puertita de la cabina del gas. Después de aquella noche, algunos vecinos tenían versiones diferentes sobre lo que había pasado, pero ninguna se comprobó nunca.

Hacía ya dos años que yo estaba en México cuando a él lo secuestran, dijo Orgambide. Llegó un llamado telefónico el mismo día, apenas dos o tres horas después del secuestro. El momento en que recibí la noticia para que hiciéramos algo lo más rápido posible fue terrible, pero aún existía la esperanza de ver si se podía salvar una vida. Salvar una vida, salvar a Haroldo. Ese día llovía, era un diluvio. La ciudad de México estaba inundada, recuerdo los cables que se habían caído, el atascamiento en las calles. Llamé a las personalidades que conocía y a las que estaba vinculado. Yo sentí tanta soledad, era el inicio de la dictadura y aún no habían llegado a México tantos compañeros. Pero había que hacer algo, moverse rápido para salvar a Haroldo, había que juntar firmas, mandar telegramas y tratar de mover a los diputados de México y de otros países, comunicarse con personalidades importantes que pudieran de alguna manera influir sobre los dictadores. Hice varios llamados y salí a la calle en medio del diluvio. Yo pensaba que podíamos salvarlo. Recorrí los diarios para comunicar el secuestro de Haroldo, pedí que saliera la noticia al día siguiente, les rogaba que en lo posible saliera en primera plana. Yo pensaba: En este momento, en el mundo debe de haber mucha gente recibiendo la noticia del secuestro de Haroldo. Me encontré con Gabriel García Márquez en la puerta del diario Excelsior. Él conocía a Haroldo y había leído su obra. No paraba de llover. García Márquez ya era por entonces un escritor muy famoso, le dije

que era muy importante que se diera el anuncio del secuestro de Haroldo con su firma y que convocara a todos para pedir por su liberación. Subimos juntos a la redacción para que él redactara la noticia. Yo escribí el telegrama para mandárselo al dictador Videla. Cuando terminamos él me dijo:

-Yo lo voy a acompañar a juntar firmas para el telegrama.

Mientras caminábamos le conté a García Márquez que Haroldo tenía certificado de naufrago. En medio de la tragedia del secuestro de Haroldo, bajo el diluvio, mientras caminábamos con García Márquez, de pronto sentí ese soplo vital que tienen los libros de Haroldo, fue como una oleada de vida en el oleaje real. García Márquez me acompañó a juntar firmas, estuvimos horas y horas bajo el diluvio, yendo de aquí para allá, hasta que finalmente fuimos a la casilla de correo y enviamos el telegrama con muchas firmas.

Creíamos que íbamos a poder detener la mano del criminal.